

Corrió Jacobo; de entre los palpitantes cuerpos sacó el de su mujer, y como respirase aún, quiso desabrocharla el jubón: resistiase ella con todo el resto de sus fuerzas; entonces la llevó a lugar más apartado, y al descubrir el blanco seno, vió, bajo el traje de gala de la moribunda, áspero cilicio. Al punto mismo conoció que lo que estrechaban sus brazos era ya un cadáver.

Hoy apenas es dado concebir el efecto de situación semejante en el alma de un hombre de la Edad Media: catástrofes presencian los individuos y los pueblos, mas las olvidan pronto, en lo que tienen de aviso y llamamiento a la vida interior; ni influyen en su conducta, ni estremecen su conciencia, ni sugieren la idea de la eternidad, que presta tan dramático interés a los monumentos artísticos de los siglos XII y XIII. Desde el instante en que Jacobo vió expirar a su compañera, se entregó a extravagancias tales, que parecía sin seso; y en breve Jacobo Benedetti, el renombrado jurisconsulto, el influyente ciudadano, fué señalado con el dedo por la pillería, que convirtió su nombre en el despectivo de *Jacopone*, Jacobo el insensato. Vendió bienes y casa, y según costumbre de entonces, repartió a los pobres el precio: pasábase día y noche en las calles, vestido de andrajos, siendo objeto de mofa y desdén. Convidanle a la boda de su rica sobrina, y asiste untado de miel y emplumado: le reprende su familia por tan peregrino antojo, y contesta:—"Piensa mi hermano ilustrar nuestro nombre con su cordura, y lo he de ilustrar yo con mi demencia."—En otra fiesta se presenta andando en cuatro pies, cinchado y aparejado como asno, entristeciendo a los espectadores, que recordaban su clara inteligencia y su ciencia forense. Le entrega un pariente suyo un par de pollos, y le dice: "Llévalos a mi casa." Jacopone los deposita en el mausoleo de su familia; enójase el dueño de las aves

y él responde:—"Pues, ¿cuál es tu casa sino esa que has de habitar por toda la eternidad?"—Empezó Jacopone a causar, ya risa, ya respeto, y a algunos les parecía ejemplar penitencia su locura: la multitud se congregaba a oírle en plazas y calles, si con estilo fogoso y apasionado reprendía los vicios. Diez años corrieron de esta suerte, y Jacopone, terciario ya, quiso ingresar en la Orden de los Menores. Recelaban los frailes admitirle, por su extraño proceder y por la sospecha de enajenación mental; con tal ocasión se reveló por vez primera el poeta, y Jacopone escribió dos poemas, que le abrieron las puertas del convento. Está el uno en prosa rimada latina, en italiano vulgar el otro: titúlase el primero *De contemptu mundi*, y no rebasa del límite de tantas declamaciones acerca de la vanidad de las cosas humanas y los goces perecederos de la tierra, asunto manoseado en todas las literaturas, desde la hebrea hasta la contemporánea; pero en el segundo despunta ya el poeta genial, y se inaugura su manera propia, aquella rusticidad semiplebeya, aquella pujanza y franqueza en el sentir, aquellos destellos felices, aquella originalidad ardiente y sin freno.

*Udite nova pazzia
che mi viene in fantasia...*

Escuchad, escuchad una nueva locura que a las mientes se me vino. Quisiera estar muerto, porque viví mal. Dejo los goces del mundo y tomo mejor camino. Quiero probar si soy o no soy hombre: negarme a mí mismo y llevar la cruz para hacer locura duradera. Yo diré cómo ha de ser esta locura: confundiréme y mezclaréme con hombres indoctos, que desbarran con santa insensatez. Cristo, tú conoces lo que pienso y sabes cuán grandemente desprecio el mundo, donde permanecí por empeño de aprender filosofía. Pretendí, empapándome en la metafísica, llegar a ahondar la teología, saber cómo pue-

Segunda parte.

de el alma gozar de Dios, pasando por todos los grados de jerarquía celeste; cómo la Trinidad hace un Dios único, y cómo el Verbo hubo de encarnar en María. Divina cosa es la ciencia: crisol donde se refina el oro de ley. Pero ¡a cuántos perdieron los sofismas teológicos! Oíd, pues, lo que he resuelto: he resuelto pasar por estúpido, ignorante y mentecato, por hombre extravagante y risible. Vayan norámala silogismos, retruécanos y sofismas, aforismos e insolubles cuestiones y arte sutil del cálculo. Gritad cuando os plazca, tú, Sócrates, y tú, Platón; os dejo sofocaros, argüiros mutuamente y atollaros en el pantano al fin. Quédese allá el arte maravilloso cuyos secretos reveló Aristóteles, y las platónicas doctrinas, heterodoxas a veces. El entendimiento sencillo y puro se eleva solo, y, sin auxilios de la filosofía, sube a presencia de Dios. Os dejo los rancios libros que amé tanto y las rúbricas de Cicerón, a mi oído tan gratas. Os dejo el tañer de instrumentos, las cancioncillas, las damas y damiselas hermosas, sus artificios, sus mortales flechas y sus sutilezas y ardidés. Sean vuestros florines, ducados y carlinos, nobles y escudos genoveses y toda mercancía semejante. A ensayarme voy en religión estrecha y poderosa: ya dirán las pruebas si soy latón o bronce. Voy a gran combate, a dura labor, a terrible esfuerzo. ¡Oh Cristo, asístame tu fortaleza y salga yo victorioso! Voy a amar con amor la Cruz cuyo fuego ya me consume, y pedirle humilde que se me pegue su locura. Voy a innovar en mí, alma contemplativa, que venza al mundo; voy a buscar paz y gozo en dulce agonía. Voy a intentar entrar en el paraíso por sendas que conozco; Señor, dame que entienda y cumpla tu voluntad aquí, que después no me cuidaré de si es resolución tuya perderme o salvarme.

Expresa este poema todas las aspiraciones del misticismo, hasta tocar al borde del quietismo, donde, sin embargo, no llega a precipitarse el poeta. A un

lado filósofos, teólogos, sempiternos disputadores, ergotistas vacíos; dejemos la ciencia deficiente, que intentan apagar con huecas frases y pomposas definiciones la sed inextinguible de verdad que abrasa el alma; pongamos el labio en la fuente eterna de vivas aguas, el amor; hagámonos párvulos, fatuos, más ínfimos que el lodo de la tierra, para poder entrar en el reino de los cielos.

En la primer época de su ingreso en el claustro, ofreció Jacopone el curioso ejemplo de imitación de los actos del Fundador, tan frecuente en las Ordenes fervorosas. Como San Francisco, no quiso pasar de lego, y rehusó el sacerdocio; como él, vagaba por el campo, abrazaba los árboles y las rocas, derramaba copioso llanto, y si le preguntaban por qué, respondía:—"Lloro porque no es amado el amor."—En la exaltación de su espíritu, en sus encendidos transportes de caridad, deseaba bajar al purgatorio y al infierno y sufrir él solo los tormentos de todos los réprobos, y hasta de los mismos ángeles malos, por aliviarles; y para refinamiento de tortura anhelaba que, sin agradecérselo, le volviesen despreciativos la espalda y entrasen en el cielo antes que él y a vista suya, dejándole en los negros abismos: gigantesco sueño de un martirio indefinido, de una crucifixión universal, la hiel de todas las amarguras derramada sobre un hombre solo, y bebida con ansia, como si fuese divina ambrosía. Comía Jacopone pan duro y escaso; echaba ajénjos en el jarro de agua: en cierta ocasión deseó un trozo de carne, y por castigo del deseo colgó la vianda en su celda, hasta que, corrompiéndose, infestó el aire, y el guardián del convento encerró a Jacopone en un lugar vil, donde entró diciendo alegremente:

*O giubilo del core
che fai cantar d'amore!*

Era la deseada meta de la humillación, el desdén apetejado, la negación de sí propio llevada hasta el paroxismo. De tal raptura del ánimo en Dios nacen aquellas poesías que, según un historiador reciente de la literatura italiana (24), son poesías de un santo, animado del divino amor. "Ni sabe Jacopone de provenzales, ni de trovadores, ni de códigos de gayera: tales esferas le son ignotas. No cuida del arte, no solicita prez de lengua ni de estilo: antes afecta plebeyo hablar, con tanto placer como hallaban los santos en vestir harapos de mendigos. Una cosa pretende: desahogar su alma, que rebosa afectos, exaltada por el sentimiento religioso. Ignora asimismo teología y filosofía: nada tiene de escolástico. Se comprende que poeta tan desusado fuese puesto en olvido del público culto: de suerte que sus poesías se conservaron, más que como obra literaria, como libro de devoción. Y sin embargo, hay en Jacopone una vena de inspiración límpida, popular y espontánea, que no encontramos en los poetas cultos que le precedieron. Si los mil trovadores italianos hubiesen sentido con el calor y eficacia que de tal suerte inflama el alma religiosa de Jacopone, tendríamos una poesía menos docta y artística, pero más popular y sincera."

No ignoraba, por cierto, Jacopone filosofía, ni menos teología, pues con tal ahinco la estudió en sus diez primeros años de penitencia: ni cabe tanta luz mística sin otra gran claridad intelectual, ni el rigor y exactitud de las doctrinas que en algunos poemas desarrolla permiten dudar que era muy versado en metafísica y ciencia teológica. El mismo nos dice en su canción: "Udite nova pazzia", el afán con que se consagró a profundizarla, y cómo, no satisfecho ni convencido, pasó de la dogmática a la mística, encontrando rápidamente, por vía intuitiva, lo que el raciocinio no acierta a dar al cansado entendimiento.

Resolución que le sugirió un método propio y le franqueó caminos desconocidos hasta entonces; mas para seguirlos no necesitó pie menos firme y vista menos perspicaz que para orientarse en los laberintos dialécticos.

Desembarazado ya Jacopone del incómodo peso de los preceptos; libre de los grillos de la tradición artística; dueño de entregarse a su inspiración personal, hizolo con sobrado descuido a veces, pero otras, en cambio, con naturalidad embelesadora. No hay ternura que iguale a la suya al describir escenas domésticas y sencillas, como el sueño del niño Jesús. "Vamos todos, dice, a ver a Jesús dormido: tal dulzura y gracia brota de su semblante, que hace florecer y reír tierra, aire y cielo" (25).—En otro poema supone el júbilo de la Virgen madre después de su alumbramiento feliz, y exclama, interpelándola familiarmente:

Dime, dulce María, dime con cuánto afán mirabas a tu hijuelo, Cristo mi Dios... Pienso que, tan luego como sin dolor le pariste, lo primero que harías fué adorarle: le pusiste sobre el heno del pesebre, envolviéndole en pañales pobres y escasos, toda llena de pasmo y regocijo... ¡Oh cuánto gozo, cuánto bien te hacía tenerle en tus brazos! ¡Dímelo, María, por compasión!... Supongo que entonces le besaste el rostro, y dijiste: ¡Ah, hijo mío!

Ya le llamabas hijuelo, ya padre y señor; ya Jesús, ya mi Dios. ¡Cuán dulce amor sintió tu corazón al lactarle en tu regazo! ¡Cuántos actos dulcísimos de suave ternura!

Si a veces, de día, se quedaba dormido, ibas quedito, muy quedo, y apoyabas tu boca en su rostro y decíasle con maternal sonrisa: No duermas más: basta de sueño (26).

No hay poesía más humana y real que estos versos sagrados. La naturaleza misma debe haber dictado a Jacopone el rasgo delicioso de la madre despertan-

do al niño, estorbándole el sueño diurno a fin de reservarle el de la noche, o más bien para que la vea y sienta sus caricias, para *destar il paradiso*. Así en Jacopone las cosas divinas nos commueven, no sólo por medio de los sentidos, sino principalmente del corazón. Los loores de San Buenaventura, que envuelve a la Virgen en rosas, lirios y azucenas, y la ciñe de astros, parecen artificiosos y tibios al lado de la elocuencia de Jacopone, cuando exclama: "Recibe ¡oh mujer! en tu hermoso regazo mis amargas lágrimas; bien sabes que soy prójimo y hermano tuyo, y no puedes negarlo" (27).

El que canta con tal delicadeza las alegrías maternas, no es menos afortunado al describir el día pavoroso y tremendo que inspiró la oda de Tomás de Celano. "No hallo lugar donde ocultarme, monte, llanura, gruta ni selva: la mirada de Dios me circunda e infunde terror en todas partes... Sonará entonces la trompeta celeste; resucitados serán todos los muertos y llamados ante el tribunal de Cristo; el fuego ardiente cruzará veloz por los aires" (28). ¡Cuán enérgicamente traduce la primera estrofa el temor de la conciencia culpable que siente en torno la mirada divina! A lado de estas bellezas, que tocan en sublimes, tiene Jacopone caprichosos prosaísmos, como el del cántico 48, en que pide a Dios que *por cortesía* se sirva mandarle "cuartanas, tercianas, dolor de muelas, de cabeza y vientre" (29).—Con razón opina el historiador ya citado que la mezcla de trivialidad y grandeza, la tosquedad vulgar y el ardiente idealismo de Jacopone, hacen comparable el conjunto de sus poesías a las catedrales góticas. Así como en éstas se hallan, al lado de sus agujas, que ascienden a lo infinito, las gárgolas cubiertas de grotescos relieves y caricaturas, y sobre las naves sombrías el rosetón flameante de luz y los vidrios encendidos con los matices todos del cielo, en Jacopone

hay alta poesía y bajo realismo, claridades y tinieblas. Puede negarse a Jacopone la armonía del arte, no la del pensamiento. No hay poeta más consecuente y acorde consigo mismo. Es siempre el santo que, desdiciendo las cosas terrenas, habla de ellas con humorismo satírico, con aquel desenfadado naturalismo que cultivó también el autor de *La divina comedia*; pero cuando Jacopone canta el mundo del espíritu se depura su lenguaje, y la poesía se ennoblece sin perder su carácter de espontaneidad. No hay sino ver cuán discreta es la verdad anatómica de la canción *Anima benedetta*, que es fama entono momentos antes de morir; cuán majestuoso y nítido el *Cántico a María*; qué gallardía y fresca de imaginación en el simbolismo de *Chi Gesù vuole amare*.

Hasta doscientos once cantos se incluyen en la colección de Jacopone; uno de ellos, de cuatrocientos cuarenta versos, es una especie de poema teológico, y su asunto la regeneración de la naturaleza humana. Otro, un dramita titulado la *Compasión de la Virgen*, donde parece que despunta toda la inspiración del *Stabat Mater dolorosa*: no es, en efecto, menos patética, y sí muy semejante, la pintura del desconuelo de la Madre al pie de la Cruz. De las poesías líricas más bellas y originales de Jacopone, es la que celebra la pobreza sin impassibilidad estoica ni soberbia cínica, con sincero y risueño desasimiento (30).

Dulce amor de la pobreza, ¡cuánto debemos amarte!
Pobreza pobrecilla, tu hermana es la humildad: una escudilla te basta para comer y beber.

Esto quiere la pobreza: pan, agua y hierbas solamente: si llega convidado, se añaden unos granos de sal.

La pobreza va segura; no conoce rencor, ni ladrones que robarla puedan.

La pobreza llama a la puerta: ni alforja ni bolsa tiene: nada lleva consigo, sino lo poco que ha de comer...

La pobreza muere en paz sin hacer testamento: ni cuñados ni parientes se disputan sus bienes.

La pobreza que se angustia y desea riquezas, siempre vive afligida; para ella no hay consuelo.

La pobreza voluntaria anda ligera: vive alegre y sin ceño: en todas partes es peregrina: no quiere llevar nada a cuestras.

La pobreza, gran monarquía, domina al mundo todo: señorea altamente cuantas cosas despreció.

La pobreza, alta ciencia de poseer despreciando: cuanto más baja sus aspiraciones, más gana en libertad.

Al verdadero pobre de profesión está prometido el supremo reino: esto dice el mismo Cristo, que no puede engañar.

La pobreza es no tener nada, no poseer nada, conceptuarse vil y reinar con Cristo después.

Entre todos los poemas de Jacopone, hay uno destinado por excelencia a la inmortalidad: grito de dolor que atraviesa los siglos, inspirando a grandes pintores y músicos, arrancando lágrimas a las generaciones que fueron y son, porque nunca aparece la musa de Jacopone más humana que en la divina elegía del *Stabat Mater* de la Cruz (31). Pues bien; la misma mano que diseñó la trágica figura de la Madre viendo con sus ojos el suplicio de su Hijo, la retrató en el primer instante de maternal ventura.

“Esta obra incomparable—dice el tantas veces citado Ozanam, refiriéndose al *Stabat de la Cruz*—bastaría a la gloria de Jacopone; mas al par que el *Stabat* del Calvario, quiso componer el *Stabat* del pesebre, donde aparece la Virgen madre en todo el

júbilo del alumbramiento. Lo escribió en igual metro y cantidad de rimas: de modo que cabe dudar un instante cuál fué el primero, si el canto de dolor o el de alegría. Con todo, la posteridad escogió entre estas dos perlas semejantes, y conservando amorosamente una, dejó enterrada la otra. Creo inédito aún el *Stabat Mater speciosa* (32), y cuando pruebo a traducir alguna estrofa, siento evaporarse el encanto del idioma, de la melodía y del antiguo “candor” (33). Con más motivo que el docto escritor, tememos al trasladar del latín al castellano:

Estaba la hermosa Madre, llena de gozo, al lado del heno, donde yacía el niño.

Henchida el alma de ferviente alegría y regocijo, penetróla el júbilo.

¡Oh cuán contenta y venturosa se hallaba la inmaculada Madre del Unigénito!

¡Quién no se alegraría de ver a la Madre de Cristo en tal recreo!

¡Quién no compartirá su gozo: si contempla a la Madre de Cristo jugar con el Hijo?

Por los pecados de su raza, vió a Cristo en compañía del jumento y sujeto al frío riguroso.

En pie estaban el anciano y la Virgen, mudos y sin voz, atónito el corazón.

Ea, Madre, fuente de amor, haz que sienta contigo, que pruebe tus ardientes afectos.

Al morir mi cuerpo, haz que goce el alma la visión de tu Hijo.

Cotejando ambos *Stabat*, ocurre que, sin género de duda, el del pesebre es el segundo y el de la Cruz le sirvió de modelo. Nótase en el de la Cruz inspiración más sostenida; el raudal de poesía brota de una

vez; el pensamiento, entero, firme, se remonta con empuje hasta las cimas de la sublimidad trágica. Si bien en el del pesebre hay toques y pinceladas gratas y tiernas, no deja de advertirse cierta presión impuesta por la necesidad de ajustarse a giros y combinaciones propuestas de antemano. Compárase el apóstrofe desgarrador en el *Stabat de la Cruz*: “¿Qué hombre habrá que no llore si ve en tal tormento a la Madre de Cristo?”—Casi pierde todo su vigor en el del pesebre, cuando, invirtiendo el sentimiento, exclama: “¿Quién no se alegra de ver a la Madre de Cristo en tal recreo?”—No por esto es indigno de estimación el segundo *Stabat*, ni hay causa para negar que sea Jacopone autor de ambos (34). Es frecuente en el arte medioeval la tendencia a *duplicar*, a hacer pares las obras artísticas: limitado el artista a cierto número de temas; escasos los medios técnicos de que dispone; exaltada poderosamente su fantasía por una forma particular; simbolista por religión, filósofo por lo que contempla, sujeta sus creaciones a los dos términos complementarios. Puede comprobarse en las pinturas, en los vidrios de las catedrales, en los retablos, en la imaginería de las portadas; rara vez dejan en el tríptico de hacer juego la pintura de las hojas izquierda y derecha; y se nota que, por lo regular, hay siempre un lado muy superior en mérito al otro, como acontece con las perlas gemelas de Jacopone.

Consideremos ahora uno de los aspectos más interesantes del singular poeta turdetano; conozcámosle satírico, flagelando los vicios de su época, advirtiendo con rudo celo a un pontífice, luchando con otro, vencido al fin, y humillándose penitente. Vacante se hallaba la silla apostólica por muerte de Nicolás IV, primer Papa que dió de su seno la Orden de Menores, y que bajó al sepulcro agobiado de dolor por el desastre de Tolemaida y mal suceso de las Cruzadas,

y se prolongaba el interregno, no sin daño y peligro de los intereses de la Cristiandad. Desde su celda seguía Jacopone ansioso las vicisitudes de la Iglesia. No bastaba a su espíritu ardiente, a su temperamento enérgico, la serenidad de la contemplación; hombre templado para la lucha, compuesto de hierro y llama, podía domar sus sentidos, pero no sujetar los arranques de su alma fogosa. El dolor de ver a la Iglesia sola y viuda le inspiró la célebre lamentación, primer poesía suya que tuvo influencia en los acontecimientos históricos, y que su popularidad de poeta y su ejemplaridad de penitente ayudaron a difundir:

Piange la Ecclesia, piange e dolura... (35)

“¿Por qué lloras, noble madre?—pregunta el poeta a la Iglesia.—¿Por qué tan gran dolor?” “Hijo—responde ella,—tanto lloro, que no puedo más: muertos veo a mi padre, a mi esposo; perdí hijos, hermanos y parientes, y en cadenas están todos mis amigos.”

Si parecen recargados los colores del cuadro, acordémonos de que en Roma ardía la discordia y la anarquía reinaba, y entre los Cardenales se anunciaba el cisma ya. Escondiase por entonces en la gruta de áspera montaña de los Abruzzos ulteriores un solitario, un pobre clérigo, hijo de familia oscura, en torno del cual se agrupaba un puñado de hombres deseosos de imitar su vida: él la pasaba en estrechísima celda; ayudábanle a misa por un ventanillo, comía mendrugos de negro pan, usaba cilicio y gruesa cadena a la cintura, guardaba silencio perpetuo, y entrando en el año setenta y cuatro de su edad, preparábase a morir santamente. Un día llegó a oídos de los Cardenales cómo había sido revelado a un varón justo que si no se concertaban presto para elegir Papa en el plazo de cuatro meses, serían castigados por Dios. Vinieron a recordar entonces al autor